

así también acontece en su Cuerpo místico» (121), toda vez que el Verbo de Dios asumió una naturaleza humana pasible para que el hombre, una vez fundada una sociedad visible y consagrada con sangre divina, «fuera llevado por un gobierno visible a las cosas invisibles» (122).

Por lo cual lamentamos y reprobamos asimismo el funesto error de los que se antojan una Iglesia ilusoria a manera de sociedad alimentada y formada por la caridad a la que —no sin desdén— oponen otra que llaman jurídica. Pero se engañan al introducir semejante distinción: pues no entienden que el divino Redentor por este mismo motivo quiso que la comunidad por El fundada fuera una sociedad perfecta en su género y dotada de todos los elementos jurídicos y sociales para perpetuar en este mundo la obra divina de la redención (123); y para la obtención de este mismo fin procuró que estuviera enriquecida con los dones y gracias del Espíritu Paráclito. El Eterno Padre la quiso ciertamente «reino de su amor» (124); pero un verdadero reino, en el que sus fieles rindiesen pleno homenaje de su entendimiento y voluntad (125), y con ánimo humilde y obediente se asemejasen a Aquél que por nosotros «se hizo obediente hasta la muerte» (126). No puede haber por consiguiente, verdadera oposición o pugna entre la misión invisible del Espíritu Santo y el oficio jurídico de los Pastores y Doctores recibido de Cristo; ya que —como en nosotros el cuerpo y el alma— se completan y perfeccionan mutuamente y proceden del mismo Salvador nuestro, quien no sólo dijo al infundir el soplo divino: «Recibid el Espíritu Santo» (127), sino también imperó con expresión clara: «Como me envió el Padre, así os envió Yo» (128); y así mismo: «El que a vosotros oye, a Mí me oye» (129).

Y si en la Iglesia se descubre algo que arguye la debilidad de nuestra condición humana, no hay que atribuirlo a su constitución jurídica, sino más bien a la deplorable inclinación de los individuos al mal, que, su divino Fundador permite aun en los más altos miembros del Cuerpo místico, para que se pruebe la virtud de las ovejas y de los Pastores y para que en todos aumenten los méritos de la fe cristiana. Porque Cristo, como dijimos arriba, no quiso excluir a los pecadores de la sociedad

(121) — Cf. *Ibidem*, p. 710.

(122) — S. Thomas, *De veritate*, 29, a. 4, ad 9.

(123) — *Conc. Vat., Sess. IV, Const. dogm. de Eccl., prol.*

(124) — *Col. I, 13.*

(125) — *Conc. Vat. Sess. III, Const. de fide cath., cap. 3.*

(126) — *Philip., II, 8.*

(127) — *Ioann., XX, 22.*

(128) — *Ioann., XX, 21.*

(129) — *Luc., X, 16.*

por El formada; si, por lo tanto, algunos miembros están aquejados de enfermedades espirituales, no es ésta razón para que disminuya nuestro amor a la Iglesia, sino más bien para que aumente nuestra compasión hacia sus miembros.

Y, ciertamente, esta piadosa Madre brilla sin mancha alguna en los sacramentos con los que engendra y alimenta a sus hijos; en la fe que en todo tiempo conserva incontaminada; en las santísimas leyes con que a todos manda y en los consejos evangélicos con que amonesta; y, finalmente, en los celestiales dones y carismas con los que, inagotable en su fecundidad (130), da a luz incontables ejércitos de mártires, vírgenes y confesores. Y no se le puede imputar a ella si algunos de sus miembros yacen postrados enfermos o heridos, en nombre de los cuales pide ella a Dios todos los días: «Perdónanos nuestras deudas», y a cuyo cuidado espiritual se aplica sin descanso con ánimo materno y esforzado.

De modo que cuando llamamos «místico» al Cuerpo de Jesucristo, el mismo significado de la palabra nos amonesta gravemente: amonestación que en cierta manera resuena en aquellas palabras de S. León: «Conoce, oh cristiano, tu dignidad, y una vez hecho participante de la naturaleza divina, no quieras volver a la antigua vileza con tu conducta degenerada. Acuérdate de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro» (131).

## SEGUNDA PARTE

### Unión de los fieles con Cristo

Plácenos ahora, Venerables Hermanos, tratar muy de propósito de nuestra unión con Cristo en el Cuerpo de la Iglesia, que si —como con toda justicia lo afirma San Agustín (132)— es cosa grande, misteriosa y divina, por eso mismo sucede con frecuencia que algunos la entienden y explican desacertadamente. Y ante todo es evidente que se trata de una unión estrechísima; ya que en la Sagrada Escritura no sólo se la coteja con el vínculo del santo matrimonio, y se la compara con la unidad vital de los sarmientos y la vida y la del organismo de nuestro cuerpo (133); sino que se la presenta tan íntima, que —conforme a aquello del Apóstol: «El mismo es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia» (134)— enseña la más antigua y constante tradición de los Padres que el Redentor divino constituye con

(130) — Cf. *Conc. Vat., Ses. III, Const. de fide cath., cap. 3.*

(131) *Serm., XXI, 3; Migne, P. L., LIV, 192-193.*

(132) — Cf. *August., Contra Faust., 21, 8; Migne, P. L., XLII, 392.*

(133) — Cf. *Eph. V, 22-23; Ioan., XV, 1-5; Eph., IV, 16.*

(134) — *Col., I, 18.*

su Cuerpo social una sola persona mística, o como dice San Agustín: el Cristo íntegro <sup>(135)</sup>. Más aún, nuestro mismo Salvador en su oración sacerdotal, no dudó en comparar esta cohesión con aquella unión admirable por la que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo <sup>(136)</sup>.

#### Vínculos jurídicos y sociales

Nuestra trabazón en Cristo y con Cristo consiste en primer lugar en que, siendo la muchedumbre cristiana por voluntad de su Fundador un Cuerpo social y perfecto, tiene que haber una unión de todos sus miembros por lo mismo que tienden a un mismo fin. Y cuanto más noble es el fin que persigue esta unión y más divina la fuente de que brota, tanto más excelente será sin duda su unidad. Ahora bien; el fin es altísimo: la continua santificación de los miembros del mismo Cuerpo para gloria de Dios y del Cordero que fué sacrificado <sup>(137)</sup>. Y la fuente es divinísima; a saber, no sólo el beneplácito del Eterno Padre y la solícita voluntad de nuestro Salvador, sino también el interno soplo e impulso del Espíritu Santo en nuestras mentes y en nuestras almas. Porque si ni siquiera un mínimo acto que lleve a la salvación puede ser puesto si no es en virtud del Espíritu Santo, ¿cómo podrán tender innumerables muchedumbres de todas las naciones y pueblos de común acuerdo a la mayor gloria de Dios trino y uno, sino por virtud de Aquél que procede del Padre y del Hijo por un solo y eterno hálito de amor?

Por otra parte, debiendo ser este Cuerpo social de Cristo, como dijimos arriba, visible por voluntad de su Fundador, es menester que semejante unión de todos los miembros se manifieste también exteriormente en la profesión de una misma fe, en la comunicación de unos mismos sacramentos, en la participación de un mismo sacrificio y, finalmente, en la observancia esmerada de unas mismas leyes. Y, además, es absolutamente necesario que esté visible a los ojos de todos la Cabeza suprema que guíe eficazmente, para obtener el fin que se pretende, la mutua cooperación de todos; nos referimos al Vicario de Jesucristo en la tierra. Porque así como el divino Redentor envió al Espíritu Paráclito de verdad para que haciendo sus veces <sup>(138)</sup>, asumiera el gobierno invisible de la Iglesia, así también encargó a Pedro y a sus sucesores que, haciendo sus veces en la tierra, desempeñaran el régimen visible de la sociedad cristiana.

(135) — Cf. *Enarr. in Ps. XVII, 51 et XC, II, 1*; Migne, P. L., XXXV, 154 et XXXVII, 1159.

(136) — *Ioan., XVII, 21-23*.

(137) — *Apoc., V, 12-13*.

(138) — *Cf. Ioan., XIV, 16 et 26*.

#### Virtudes Teológicas

A estos vínculos jurídicos que ya por sí solos bastan para superar a todos los otros vínculos de cualquiera sociedad humana por elevada que sea, es necesario que se añada otro motivo de unidad, por razón de aquellas tres virtudes que tan estrechamente nos juntan uno a otro y con Dios: a saber, la fe cristiana, la esperanza y la caridad.

Pues, como enseña el Apóstol, «uno es el Señor, una la fe» <sup>(139)</sup>, es decir, la fe con la que nos adherimos a un solo Dios y al que envió, Jesucristo <sup>(140)</sup>. Y cuán íntimamente nos estrecha esta fe con Dios, nos lo enseñan las palabras del discípulo predilecto de Jesús: «Quienquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios» <sup>(141)</sup>. Y no es menos lo que esta fe cristiana nos une mutuamente y con la divina Cabeza. Porque cuantos somos creyentes, «teniendo... el mismo espíritu de fe» <sup>(142)</sup>, nos alumbramos con la misma luz de Cristo, nos alimentamos con el mismo manjar de Cristo y somos gobernados por la misma autoridad y magisterio de Cristo. Y si en todos florece el mismo espíritu de fe, vivimos también la misma vida «en la fe del Hijo de Dios, quien nos amó y se entregó por nosotros» <sup>(143)</sup>; y Cristo, Cabeza nuestra, acogido por nosotros y morando en nuestros corazones por la fe viva <sup>(144)</sup>, así como es el autor de nuestra fe, así también será su consumidor <sup>(145)</sup>.

Si por la fe nos adherimos a Dios en esta tierra como a fuente de verdad, por la virtud de la esperanza cristiana lo deseamos como a manantial de la felicidad, «aguardando la bienaventurada esperanza y la venida gloriosa del gran Dios» <sup>(146)</sup>. Y por aquel anhelo común del Reino celestial, que nos hace renunciar aquí a una ciudadanía permanente para buscar la futura <sup>(147)</sup>, y aspirar a la gloria de arriba, no dudó el Apóstol de las gentes en decir: «Un Cuerpo y un Espíritu, como habéis sido llamados a una misma esperanza de vuestra vocación» <sup>(148)</sup>; más aún, Cristo reside en nosotros como esperanza de gloria <sup>(149)</sup>.

Pero si los lazos de la fe y esperanza que nos unen a nuestro divino Redentor en su Cuerpo místico son de gran firmeza e

(139) — *Eph., IV, 5*.

(140) — *Cf. Ioan., XVII, 3*.

(141) — *I. Ioan., IV, 15*.

(142) — *II. Cor., IV, 13*.

(143) — *Cf. Gal., II, 20*.

(144) — *Cf. Eph., III, 17*.

(145) — *Cf. Hebr., XII, 2*.

(146) — *Tít., II, 13*.

(147) — *Cfr. Hebr., XIII, 14*.

(148) — *Eph., IV, 4*.

(149) — *Cf. Col., I, 27*.

importancia, no son de menor valor y eficacia los vínculos de la caridad. Porque si aun en las cosas naturales el amor, que engendra la verdadera amistad, es lo más excelente, ¿qué diremos de aquél amor celestial que el mismo Dios infunde en nuestras almas? «Dios es caridad, y quien permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él» (150). En virtud, por decirlo así, de una ley establecida por Dios, esta caridad hace que al amarle nosotros le hagamos descender amoroso, conforme a aquello: «Si alguno me ama... mi Padre le amará y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada» (151). La caridad, por consiguiente, es la virtud que más estrechamente nos une con Cristo, en cuyo celestial amor abrasados tantos hijos de la Iglesia se alegraron de sufrir injurias por él y soportarlo y superarlo todo, aun lo más árduo, hasta el último aliento y hasta derramar su sangre. Por lo cual, nuestro divino Salvador nos exhorta encarecidamente con estas palabras: «Permaneced en mi amor». Y como quiera que la caridad es una cosa estéril y completamente vana si no se manifiesta y actúa en las buenas obras, por eso añadió enseguida: «Si observáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor; como yo he observado los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor» (152).

#### Amor al prójimo

Con todo, a este amor a Dios, a Cristo, es menester que corresponda la caridad para con el prójimo. Porque, ¿cómo podremos asegurar que amamos a nuestro divino Redentor si odiamos a los que El redimió con su preciosa sangre para hacerlos miembros de su Cuerpo místico? Por eso el Apóstol predicando de Cristo nos amonesta así: «Si alguno dijere que ama a Dios mientras odia a su hermano, es mentiroso. Porque quien no ama a su hermano a quien tiene ante los ojos, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve? Y este mandato hemos recibido de Dios; que quien ama a Dios, ame también a su hermano» (153). Más aún; hay que afirmar que tanto estaremos más unidos con Dios, con Cristo, cuanto más seamos miembros uno de otro (154), y más solícitos recíprocamente (155); como por otra parte, tanto más unidos y estrechados estaremos por la caridad, cuanto más encendido sea el amor que nos junte a Dios y a nuestra divina Cabeza.

(150) — I. Ioann., IV, 16.

(151) — Ioann., XIV, 23.

(152) — Ioan., XV, 9-10.

(153) — I. Ioann., IV, 20-21.

(154) — Rom., XII, 5.

(155) — I. Cor., XII, 25.

#### Cristo nos abrasa con infinito conocimiento y amor eterno

Ya antes del principio del mundo, el Unigénito Hijo de Dios nos abrasó con su eterno e infinito conocimiento y con su amor perpetuo. Y para manifestarnos éste de un modo visible y admirable, unió a sí nuestra naturaleza con unión hipostática; en virtud de la cual —como advierte San Máximo de Turín con candorosa sencillez— «en Cristo nos ama nuestra carne» (156).

#### La iglesia «Plenitud» de Cristo

Aquel amorosísimo conocimiento, que desde el primer momento de su Encarnación tuvo de nosotros el Redentor divino, está por encima de todo el alcance escrutador de la mente humana; toda vez que, en virtud de aquella visión beatífica de que disfrutó apenas recibido en el seno de la Madre divina, tiene siempre y continuamente presentes a todos los miembros del Cuerpo místico y los abrasa con su amor salvífico. ¡Oh admirable dignación de la piedad divina para con nosotros! ¡Oh inapreciable orden de la caridad infinita! En el pesebre, en la Cruz, en la gloria eterna del Padre, Cristo ve ante sus ojos y tiene unidos a Sí a todos los miembros de la Iglesia con mucha más claridad y mucho más amor que una madre conoce y ama al hijo que lleva en su regazo, que cualquiera se conoce y ama a sí mismo.

De lo dicho se ve fácilmente, Venerables Hermanos, por qué escribe tantas veces San Pablo que Cristo está en nosotros y nosotros en Cristo. Lo cual ciertamente se confirma con una razón más profunda. Porque como expusimos antes con suficiente amplitud, Cristo está en nosotros por su Espíritu, el cual nos comunica, y por el que de tal suerte obra en nosotros, que todas las cosas divinas llevadas a cabo por el Espíritu Santo en las almas, se han de decir también realizadas por Cristo (157). «Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, dice el Apóstol, este tal no es de El; pero si Cristo está en vosotros... el espíritu vive en virtud de la justificación» (158).

Esa misma comunicación del Espíritu de Cristo hace que, al derivarse a todos los miembros de la Iglesia todos los dones, virtudes y carismas que con excelencia, abundancia y eficacia encierra la Cabeza, y al perfeccionarse en ellos día por día según el sitio que ocupan en el Cuerpo místico de Jesucristo, la Iglesia viene a ser como la plenitud y el complemento del Re-

(156) — Ser. XXIX: Migne P. L., LVII, 594.

(157) — Cf. S. Thom., Comm. in Ep. ad Eph., cap. II, lect. 5

(158) — Rom. VIII, 9-10.

dentor; y Cristo viene en cierto modo a completarse del todo en la Iglesia (159). Con las cuales palabras hemos tocado la misma razón por la cual, según la doctrina de San Agustín, ya brevemente indicada, la Cabeza mística, que es Cristo, y la Iglesia, que en esta tierra hace sus veces como un segundo Cristo, constituyen un solo hombre nuevo, en el que se juntan cielo y tierra para perpetuar la obra salvífica de la Cruz: este hombre nuevo es Cristo, Cabeza y Cuerpo, el Cristo íntegro.

#### *La inhabitación del espíritu santo*

No ignoramos, ciertamente, que para la inteligencia y explicación de esta recóndita doctrina —que se refiere a nuestra unión con el divino Redentor y de modo especial a la inhabitación del Espíritu Santo en nuestras almas— se interponen muchos velos, en los que la misma doctrina queda como envuelta en una cierta obscuridad, dada la debilidad de nuestra mente. Pero sabemos que de la recta y asidua investigación de esta cuestión, así como del contraste de las diversas opiniones y de la coincidencia de pareceres, cuando el amor de la verdad y el rendimiento debido a la Iglesia guían al estudio, brotan y se desprenden preciosos rayos con los que se logra un adelanto real también en estas disciplinas sagradas. No censuramos por lo tanto a los que usan diversos métodos para penetrar e ilustrar en lo posible tan profundo misterio de nuestra admirable unión con Cristo. Pero tengan por norma general e inconcusa los que no quieran apartarse de la genuina doctrina y del verdadero magisterio de la Iglesia, que han de rechazar, tratándose de esta unión mística, toda forma que haga a los fieles traspasar de cualquier modo el orden de las cosas creadas e invadir erróneamente lo divino, hasta el punto que se pueda decir de ellos como propio un solo atributo del sempiterno Dios. Y además sostengan firmemente y con toda certeza que en estas cosas todo es común a la Santísima Trinidad, puesto que todo se refiere a Dios como a suprema causa eficiente.

También es necesario que adviertan que aquí se trata de un misterio oculto, el cual, mientras estemos en este destierro terrenal de ningún modo se podrá penetrar con plena claridad ni expresar con lengua humana. Se dice que las divinas Personas habitan en cuanto que estando presentes de una manera inescrutable en las almas creadas dotadas de entendimiento, entran en relación con ellas por el conocimiento y el amor (160), aunque de un modo absolutamente sobrenatural y por completo

(159) — Cf. S. Thom. *Comm. in Ep. ad Eph.*, cap. I, lec. 8

(160) — Cf. S. Thom., I. q. 43 a 3

íntimo y peculiar. Para aproximarnos un tanto a comprender esto hemos de usar el método que el Concilio Vaticano (161) recomienda mucho en estas materias; el que procurando obtener luz para conocer un tanto los arcanos de Dios, lo consigue comparando los misterios mismos entre sí y con el fin último al que están enderezados. Oportunamente, según eso, al hablar nuestro sapientísimo antecesor León XIII de feliz memoria de esta nuestra unión con Cristo y del divino Paráclito que en nosotros habita, tiende sus ojos a aquella visión beatífica por la que esta misma trabazón mística obtendrá algún día en los cielos su cumplimiento y perfección. «Esta admirable unión, dice, que con nombre propio se llama inhabitación, difiere sólo de la condición o estado de aquella con que Dios abraza a los del cielo beatificándolos» (162). Con la cual visión será posible de una manera absolutamente inefable contemplar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo con los ojos de la mente, elevados por luz superior; asistir de cerca por toda la eternidad a las procesiones de las Personas divinas y ser feliz con un gozo muy semejante al que hace feliz a la santísima e indivisa Trinidad.

#### *La Eucaristía signo de unidad*

Lo que llevamos expuesto de esta estrechísima unión del Cuerpo místico de Jesucristo con su Cabeza, Nos parecería incompleto si no añadiéramos aquí algo cuando menos acerca de la Santísima Eucaristía, que lleva esta unión como a su cumbre en esta vida mortal.

Quiso Cristo nuestro Señor que esta admirable y nunca bastante alabada unión, con la que nos juntamos entre nosotros y con nuestra divina Cabeza, se manifestara a los fieles de un modo singular por medio del Sacrificio Eucarístico. Porque en él los ministros sagrados hacen las veces no sólo de nuestro Salvador, sino también del Cuerpo místico y de cada uno de los fieles; y en él también los mismos fieles, reunidos en comunes votos y oraciones ofrecen al Eterno Padre por las manos del sacerdote el Cordero sin mancilla, hecho presente en el altar a la sola voz del mismo sacerdote, como hostia agradabilísima de alabanza y propiciación por las necesidades de toda la Iglesia. Y así como el divino Redentor, al morir en la Cruz se ofreció a sí mismo al Eterno Padre como Cabeza de todo el género humano, así también «en esta obra pura» (163) no solamente se ofrece al Padre Celestial como Cabeza de la Iglesia, sino que se ofrece en sí mismo a sus miembros místicos, ya que a

(161) — Sess. III, *Const. de fid. cath.*, cap. 4

(162) — Cf. *Divinum illud*: A. S. S., XXXIX, p. 653

(163) — *Mal.*, I, II

todos ellos, aun a los más débiles y enfermos, los incluye amorosísimamente en su Corazón.

El sacramento de la Eucaristía, además de ser una imagen viva y admirabilísima de la unidad de la Iglesia —puesto que el pan que se consagra se compone de muchos granos que se juntan para formar una sola cosa <sup>(164)</sup>— nos da al mismo autor de la gracia sobrenatural, para que tomemos de él aquel Espíritu de caridad que nos haga vivir no ya nuestra vida, sino la de Cristo y amar al mismo Redentor en todos los miembros de su Cuerpo social.

Si, pues, en las tristísimas circunstancias que hoy nos acongojan son muy numerosos, los que tienen tal devoción a Cristo nuestro Señor, oculto bajo los velos eucarísticos, que ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la espada los puede separar de su caridad <sup>(165)</sup>, ciertamente en este caso, la sagrada Comunión, que no sin un designio de la divina Providencia ha vuelto a recibirse en estos últimos tiempos con mayor frecuencia desde la niñez, llegará a ser fuente de aquella fortaleza que suscitará y forjará no rara vez verdaderos héroes cristianos.

### TERCERA PARTE

#### EXHORTACION PASTORAL

##### Errores de la vida Ascética

Esto es, Venerables Hermanos, lo que piadosa y rectamente entendido y diligentemente mantenido por los fieles, les podrá librar más fácilmente de aquellos errores que provienen de haber emprendido algunos arbitrariamente el estudio de esta difícil cuestión no sin gran riesgo de la fe católica y perturbación de los ánimos.

##### Falso «Misticismo»

Porque no faltan quienes, no advirtiendo bastante que el Apóstol Pablo habló de esta materia sólo metafóricamente, y no distinguiendo suficientemente, como conviene, los significados propios y peculiares de cuerpo físico, moral y metafísico, fingien una unidad falsa y equivocada, juntando y reuniendo en una misma persona física al divino Redentor con los miembros de la Iglesia y, atribuyendo a los hombres propiedades

(164) — Cf. *Didache*, IX, 4

(165) Cf. *Rom.*, VIII, 35.

(166) Cf. *Eph.*, V, 22-23.

divinas, hacen a Cristo nuestro Señor sujeto a errores y a la concupiscencia humana. Esta doctrina falaz, en pugna completa con la fe católica y con los preceptos de los Santos Padres, es también abiertamente contraria a la mente y al pensamiento del Apóstol, quien aun uniendo entre sí con admirable trabazón a Cristo y su Cuerpo místico, los opone uno a otro como el Esposo a la Esposa <sup>(166)</sup>.

##### Falso «Quietismo»

Ni está menos alejado de la verdad el peligroso error de los que pretenden deducir de nuestra unión mística con Cristo una especie de quietismo disparatado, que atribuye únicamente a la acción del Espíritu divino toda la vida espiritual del cristiano y su progreso en la virtud, excluyendo y despreciando la cooperación y ayuda que nosotros debemos prestarle. Nadie a la verdad podrá negar que el Santo Espíritu de Jesucristo es el único manantial del que proviene a la Iglesia y sus miembros toda virtud sobrenatural. Porque, como dice el Salmista, «la gracia y la gloria la dará el Señor» <sup>(167)</sup>. Sin embargo, el que los hombres perseveren constantes en sus santas obras, el que aprovechen con fervor en gracia y en virtud, el que no sólo tiendan con esfuerzo a la cima de la perfección cristiana sino que estimulen también en lo posible a los otros a conseguirla, todo esto el Espíritu celestial no lo quiere obrar, sin que los mismos hombres pongan su parte con diligencia activa y cotidiana. «Porque los beneficios divinos, dice San Ambrosio, no se otorgan a los que duermen sino a los que vela» <sup>(168)</sup>. Que si en nuestro cuerpo mortal los miembros adquieren fuerza y vigor con el ejercicio constante, con mayor razón sucederá eso en el Cuerpo social de Jesucristo, en el que cada uno de los miembros goza de propia libertad, conciencia e iniciativa. Por eso quien dijo: «Y yo vivo, o más bien yo no soy el que vivo: sino que Cristo vive en mí» <sup>(169)</sup>; no dudó en afirmar: «la gracia suya, (es decir, de Dios) no estuvo baldía en mí, sino que trabajé más que todos aquellos: pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» <sup>(170)</sup>. Es, pues, del todo evidente que con estas engañosas doctrinas el misterio de que tratamos, lejos de ser de provecho espiritual para los fieles, se convierte miserablemente en su ruina.

##### Errores acerca de la confesión y la oración

Esto mismo sucede con las falsas opiniones de los que ase-

(167) — *Ps.*, LXXXIII, 12.

(168) — *Expos. Evang. sec. Luc.*, IV, 49: Migne, P. L., XV, 1626.

(169) — *Gal.*, II, 20.

(170) — *I Cor.*, XV, 10.